

Mahón 13 Julio 1906

LA REVOLUCIÓN DEL OBRERO

Superhombres

Es posible que sin notarlos nos hayamos hecho viejos. Es posible que existan hombres llenos de juventud, de energía muscular y cerebral que traigan ideas nuevas, más vivas, más verdaderas y más justas que las ideas que nosotros hemos pensado y sentido; que traigan procedimientos nuevos, más prácticos y más eficaces que los procedimientos que nosotros habíamos conocido y en que habíamos confiado.

Si así fuese ¿por qué habíamos de lamentarlo?—Al contrario; nos alegraríamos de todo corazón. Nos llenaría de gozo el saber que había algo más grande y más bello que el ideal nuestro, que es tan bello y tan grande.

¿Por qué no habíamos de alegrarnos? Nada nos exponíamos a perder de lo que ya tenemos, ni habría de fracasar ninguna de nuestras aspiraciones. En cambio, ganaríamos mucho: ganaríamos un tesoro, porque toda nueva verdad que se adquiere vale un tesoro; ganaríamos una mayor intensidad en nuestra vida intelectual y sentimental. ¡Cuánto daríamos para que, efectivamente, unos muchachos llenos de vida y de pensamiento hubiesen aportado a las grandes luchas del mundo una idea nueva!

Desgraciadamente, nuestros *superhombres* no han aportado idea alguna, ni nueva ni vieja. No han aportado tampoco energía ni pasión. Toda su energía la emplean en destrozarse el idioma y su pasión única es la vanidad. La vanidad ridícula les hace creerse superiores a los demás hombres, les aparta de la solidaridad, induciéndoles a despreciar al pueblo, a la *masa* de los trabajadores.

Orgullosos como burgueses, sin los motivos de poder ó fortuna que en los burgueses explica, ya que nunca justifique, el orgullo; esclavos como los demás asalariados, incapaces—salvo pocas excepciones—de libertarse, ni siquiera por medio de la *amoralidad* de que alardean, en vez de revolverse contra el amo, burgués ó gendarme, que les oprime, creen más fácil hacerse la ilusión de que son libres, de que son grandes y despreciar a sus compañeros de esclavitud.

El orgullo y la vanidad son pasiones muy viejas. El despreciar a los humildes, a los desheredados de la sociedad actual no es una idea nueva.

Si algo nuevo tienen que decir esos *superhombres*, díganlo pronto. Procuraremos entenderles, a pesar de esa *prosa infame* de que se burla Helenio.

Pero si, como creemos, nada tienen que decir, apártense a un lado, hagan literatura a sus anchas, pero no se mezclen con nos-

otros ni sean, al servicio de la burguesía, un nuevo obstáculo para la emancipación de los trabajadores.

JUAN CUALQUIERA

La Revolución en Rusia

La revolución rusa ha entrado recientemente en una nueva fase. Durante los cuatro primeros meses de este año la situación era en extremo sombría. Ahora florecen por todas partes nuevas esperanzas, a consecuencia del resultado inesperado de las elecciones a la Douma. Sin embargo, la Douma apenas se ha reunido y ya otra vez la Corte levanta la cabeza, declarando, por boca del ministro Goremykine, que las peticiones de la Douma no tienen razón de ser y que no se les prestará ninguna atención.

La situación cambia así de un día a otro. Para comprenderlo bien hay que echar una mirada retrospectiva sobre los terribles cuatro meses, enero-abril, que atravesó la nación rusa.

En toda revolución son precisos levantamientos parciales para preparar el esfuerzo decisivo. Es lo que ha ocurrido en Rusia. Hemos tenido levantamientos locales en Moscou, en las provincias bálticas, en el Cáucaso, en Siberia, en las aldeas de la Rusia central. Cada uno de estos levantamientos locales fué seguido de una represión terrible.

La huelga general declarada el diciembre en Moscou no tuvo éxito. Los trabajadores habían sufrido demasiado durante la huelga general de octubre y las numerosas huelgas parciales que siguieron; y cuando las provocaciones del gobierno obligaron a los trabajadores de Moscou a sublevarse, la huelga no se generalizó. Algunas fábricas solamente en el barrio de Presnia y algunas líneas ferroviarias estuvieron en huelga. La gran línea Moscou-Petersbourg continuó funcionando y hasta condujo soldados a Moscou.

Las tropas de guarnición en esta ciudad, descontentas del gobierno, se hubieran colocado, muy probablemente, del lado del pueblo si la huelga se hubiese generalizado y si hubiesen invadido las calles 300 mil hombres, como en octubre. Pero habiendo fracasado la huelga general, las tropas acuarteladas en Moscou acabaron por obedecer a sus jefes.

Sin embargo, aquella semana, durante la cual se vió a un puñado de jóvenes y de trabajadores armados (en conjunto menos de dos mil) batirse contra la tropa y la artillería, y en que kilómetros de barricadas fueron construidos por el pueblo, por los desconocidos de la calle,—aquella semana demostró el caso que hay que hacer a los revolucionarios de salón que creían haber probado por A más B que la guerra en las calles era ya imposible.

Por otra parte, el levantamiento de los estonios y de los lettios contra sus señores germanos, soberbios y rapaces, fué un gran movimiento. Recuerda mucho el de la Alsacia en 1789. Por todas partes los campesinos y los artesanos de las ciudades se sublevaron; nombraron sus municipalidades; echaron a los jueces feudales germanos (la justicia señorial existía aun); rehusaron trabajar para los señores ó pagarles rentas,—

procedieron, en fin, como si fuesen absolutamente libres. Y cuando las tropas acudieron en socorro de los señores espantados, partidas armadas recorrieron la campiña é incendiaron los castillos.

Es verdad que esta sublevación fué ahogada en sangre; pero mostró, al menos, lo que los campesinos deben hacer en toda Rusia. En el fondo la insurrección continúa siempre en las provincias bálticas, en estado esporádico, y es opinión general que el gobierno de los señores alemanes jamás será restablecido bajo sus antiguas formas. El feudalismo alemán ya no se levantará más.

La represión después de las turbulencias de enero fué terrible. La prensa europea no ha contado ni la décima parte de los horrores que fueron cometidos por las tropas del Zar. Fué una matanza en grande, como no se ha visto en la historia moderna sino después de vencida la *Commune*; y aun entonces no hubo batalla librada en gran escala bajo el resplandor de una ciudad en llamas!

El destacamento de guardias que fué enviado a tomar posesión de la línea Moscou-Kazan, no tuvo que sufrir ni un disparo. Las pequeñas partidas que ocupaban las estaciones las habían abandonado y se habían dispersado cuando los bandidos de la guardia imperial se pusieron en campaña. Pero en cada estación el coronel Minn, jefe del destacamento, y sus oficiales, fusilaron de diez a treinta personas cuyos nombres tomaban sencillamente de las listas de la policía. El polizonte que iba con ellos les designaba un hombre y la jauría le derribaba. Mataban sin un simulacro de juicio ni siquiera identificación. Mataban hasta sin advertencia. No importa cómo. A veces disparaban a bulto, por la espalda. El coronel Minn gustaba de matar con su propio revolver.

Todo esto está relatado extensamente con todos los detalles y testimonios en la prensa de Petersburgo... No la ocultan, sino que se glorian de ello! Y el Zar envía a esos bandidos sus felicitaciones. La palabra «cordialmente» no falta nunca. Lo sabe y lo aprueba.

En las provincias bálticas, villas enteras fueron tratadas a latigazos con furor asiático. Los barones dirigían estas ejecuciones. Cuando el propietario había designado a un campesino, le ejecutaban en seguida—muchas veces se hacía golpear al hijo por el padre, al hermano por el hermano, un Ivanovsky por un Ivanitsky. La matanza era tan cruel que un joven oficial, después de haber obrado como los otros, sin reparos, no pudo soportar los remordimientos y se mató el día siguiente de un tiro de revolver.

En Siberia la «expedición punitiva» de Rennenkampf, el derrotado en Mandchuria, se portó como un ejército de hunos. Para ganar tiempo metía los prisioneros en el tren y allí se les mataba a vergajazos ó se les ahorcaba sobre la marcha, arrojando los cadáveres a la vía.

...Previendo la venganza, Rennenkampf tomó sus precauciones: dió un decreto—que hizo público la prensa rusa—anunciando que si los revolucionarios herían a uno de sus satélites él ejecutaría a los prisioneros que había en su tren y en las prisiones. Tenía seiscientos a su disposición.

Los mismos horrores en el Cáucaso. Se

hablará de este año como de una época de invasión de salvajes.

En las aldeas de la Rusia central en que hubo «desórdenes» (sería exagerado llamarles sublevaciones) las mismas hordas fueron lanzadas por todas partes sobre los campesinos. Se conocen las hazañas del vice-gobernador de Tamboff, ese horrible bruto Lonjenovsky, de quien la joven Spiridonova libró a la humanidad.—«Cuando yo llegaba a una villa por donde Loujenovsky había pasado, cuando veía al campesino que se había vuelto loco después de los latigazos, cuando veía la desesperación de la madre de la muchacha que había sido arrojada en un pozo después de violada por los cosacos,—yo sentía entonces que me era imposible vivir en tanto que ese hombre, Lonjenovsky, estuviese sin castigo.» Así habló ante sus jueces la joven heroína.

Todos sabemos lo que sucedió cuando María Spiridonova fué detenida después de haber muerto al animal fiero. Todos hemos temblado de emoción al saber como el amigo íntimo de la fiera, el oficial cosaco Abramoff y el policía Idanoff torturaron a la joven. Y en toda Rusia se oyó un suspiro de alivio cuando se supo que Abramoff había sido muerto por los revolucionarios, que el que le había herido estaba en libertad y que el tercer bruto, el policía Idanoff, había seguido a su compadre cosaco.

Fuera imposible describir lo odioso de estas represiones sin llenar de citas muchas páginas. Más de 70.000 personas fueron arrestadas. Convoyes de personas desterradas administrativamente se dirigían cada día hacia la Siberia oriental y los que habían sido librados por la amnistía de 2 de noviembre de 1905 encontraban a su regreso nuevas colonias de desterrados por el régimen Witte-Dournovo?

La vida normal venía a ser imposible, y los revolucionarios de todos los matices del partido socialista,—los socialistas revolucionarios, los anarquistas y hasta los socialistas demócratas solo veían una cosa: el revólver y la bomba para herir a las bestias feroces que el Zar había desencadenado sobre la Rusia. Cada día podía leerse en los periódicos rusos que tal ó cual funcionario acababa de ser ejecutado. Docenas de hombres y mujeres, como María Spiridonova, las hermanas Izmailovitch y tantos otros jóvenes héroes y heroínas hacían voto de morir para derribar a una de esas bestias feroces.

(Concluirá.)

PEDRO KROPOTKINE

El mundo marcha

No nos cansaremos de repetirlo: pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida, consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educación bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad, crear vastos campos de actividad pública y popular, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres a todos los brazos, escuelas a todas las aptitudes y laboratorios a todas las inteligencias; disminuir el trabajo, equilibrar el deber y haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo y la saciedad a la necesidad; en una palabra: hacer despedir al aparato social más claridad y bienestar en provecho de los que padecen y de los que ignoran; tal es, y no lo olviden los hombres, la primera de las obligaciones fraternales; tal es, y sépanlo los corazones egoístas, la primera de las necesidades.

Y sin embargo, digámoslo también, todo eso no es más que un principio.

La verdadera cuestión es esta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

El progreso todo entero tiende hacia la solución de esos problemas.

Llegará un día en que todo el mundo se asombre.

La desaparición de la miseria se hará por una simple elevación de nivel intelectual.

No es cuerdo dudar de esta solución.

Es verdad que lo pasado tiene mucha vida aún. Es más, revive.

Este rejuvenecimiento de un cadáver es cosa sorprendente.

Anda y se acerca; parece triunfante; ese muerto es un conquistador.

Lleva con su religión, las supersticiones; con su espada, el despotismo; con su bandera, la ignorancia; en poco tiempo ha ganado diez batallas; avanza, amenaza, se rie y está a nuestras puertas.

En cuanto a nosotros, no por eso desesperamos. ¿Qué podemos temer?

No hay retroceso en las ideas, como no lo hay en los ríos.

Pero reflexionen los que no quieren el porvenir. Diciendo *no* al progreso, no es al porvenir lo que condenan, sino a sí mismos.

No hay más que una manera de negarse a ser *mañana*: morir.

Sí; el pueblo bosquejado por el siglo XVIII será acabado por el siglo XX.

¡El que lo dude será un idiota!

La fuerza terrena, auxiliada por la ciencia que viene del hombre, se asusta poco de esas contradicciones que al vulgo le parecen imposibles.

Mientras tanto no nos paremos, no vacilemos, no nos detengamos en la grandiosa marcha de las inteligencias.

Que una sociedad desaparezca ante el viento que se desencadena sobre los hombres, lo hemos visto más de una vez; la historia está llena de naufragios de imperios y de pueblos; costumbres, leyes, religiones, todo desaparece el día menos pensado ante un desconocido, ante el huracán que pasa y lo arrastra todo.

Las civilizaciones de la India, de la Caldea, de Persia, de Asiria, de Egipto, han desaparecido una tras otra.

¿Por qué? Lo ignoramos.

¿Cuáles fueron las causas de esos desastres? No lo sabemos.

Hacían agua, puesto que se han ido a fondo; no hay más que decir.

Ignoramos los males de las civilizaciones antiguas; pero conocemos las enfermedades de la nuestra; en todas partes tenemos sobre ella el derecho de hoy; contemplamos sus bellezas, y ponemos al descubierto sus deformidades.

Nuestra civilización es obra de veinte siglos; es a un tiempo un monstruo y un prodigio; y bien vale la pena de que la salvemos.

Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben converger hacia ese fin.

El pensador moderno tiene un gran deber: auscultar la civilización.

Porque el globo tenga aquí y allí esas heridas que se llaman cráteres, y esas herpes llamadas solfatadas, porque haya un volcán que se abra y arroje pus, el globo no muere.

Los males del pueblo no matan al hombre.

Y sin embargo, el que estudia la clínica social tiembla a cada instante.

Los más fuertes, como los más sensibles, como los más lógicos, tienen horas de desfallecimiento. ¿Y cómo no, si de un lado se ven los egoístas, las preocupaciones de la gente rica, el apetito aumentado por la embriaguez, un aturdimiento de prosperidad que asombra, el temor de padecer, que en algunos llega hasta la aversión hacia los que padecen, una satisfacción implacable: el yo tan hinchado que les engorda de pus?

Del lado de los miserables, la ambición, la envidia; el odio que proviene de ver gozar a los demás, las profundas sacudidas de la fiera humana hacia el hartazgo, corazones llenos de bruma, la tristeza, la necesidad, la ignorancia impura y sencilla.

Terrible es ver así al hombre perdido en la profundidad, pequeño, aislado, imperceptible, brillante; pero rodeado de todas esas amenazas negras monstruosamente amontonadas en su derredor.

Pero consuela ver entre sus nubarrones, entre tanto malestar, entre miseria tanta, los albores de un clamoreo que sube y sube, que va conquistando cerebros, que va juntando razas, hace desaparecer fronteras, convergiendo todos hacia un mismo fin, hacia una idea, y que cuando se aune del todo inundará de civilización todo el hemisferio: este río se llamará *Revolución social*.

VÍCTOR HUGO

Notas al aire

«En la calle de Llastich, número 2, 1.º, una mujer que vivía sola, ha muerto por carecer de auxilios, en el momento de dar a luz un niño, que también murió.»

(Noticia de un periódico)

Eso pasó ayer, no en el campo, no en medio de una carretera, no en una barraca aislada, sino en Barcelona, en el corazón de Barcelona, a dos pasos de la catedral, de la casa del obispo, de la Casa de Maternidad, del Gobierno civil, del Ayuntamiento, de la Diputación, de la calle de Fernando, brillante como ascua de oro; de las Ramblas, repletas de gente que reía, de flores que perfumaban el ambiente, de ruidos alegres que parecían notas de una sinfonía...

Eso pasó ayer, a dos pasos de la casa de Dios, de la casa del rey, de la casa del amo, de tu casa y de mi casa.

¿Estás pensando en la agonía de esa pobre mujer abandonada en medio de la sociedad?

¡Qué triste morir! En la hora suprema de la suprema alegría, del sacrificio suprema y augusto, cuando la carne se desgarrara para dar paso a la carne, cuando amanecía la vida y se columbra el misterio de la inmortalidad por el desdoblamiento de la persona en la perpetuidad de la raza, cuando la infinita debilidad de la mujer se trueca en infinita potencia creadora, cuando lo humano se hace divino, en el minuto de las grandes generosidades, la madre, iluminada por un amor sublime, se desploma en la muerte bajo la angustia horrible del hijo fracasado, de la miseria y del abandono actuando de verdugos.

Tal vez, entre los dolores agudos de su parto trágico, ha escuchado el ruido de la gran ciudad en que vivía; el rodar de los camiones que transportan los abundantes manjares que vienen de remotos países, el plañir de los timbres con que anuncian los tranvías su llegada, cargados de gentes satisfechas que van a sus negocios; los alegres pregones de mercaderes ambulantes, que suenan como avisos populares en las cocinas modestas; el gorgojo infantil de la multitud escolar, que sale de las aulas y se derrama por las calles y toma por asalto las escaleras de sus casas cantando su alegría de vivir...

Tal vez sus gritos angustiosos se han redoblado, como una apelación al mundo, al escuchar las vigorosas pisadas del vecino que vuelve cansado, pero satisfecho, del taller, del mostrador, del escritorio, que va a adivinar su tremendo apuro que acaso va a entrar a socorrerla, a encender el hogar frío, a llenar de ruido y de calor la casa, a ser piadoso embajador de la Humanidad, que no puede dejarla morir sola...

Tal vez, también, ha oído el Angelus que tocan las campanas de la iglesia vecina, y ha pensado en Dios, y ha esperado que la caridad de los hombres serios, graves, dulces, vestidos de negras hopalandas, que están encargados de curar las almas laceradas por el error, por el dolor, por la desesperación, va a llegar en su auxilio...

No. La sociedad cristiana, los hombres cristianos, la caridad cristiana, la civilización cristiana, y sobre todo Dios humano, Jesús-cristo, ¿cómo han de abandonarla en ese trance?

No es sólo por ella, que se muere sin remedio y no le importa; es por lo que está naciendo, un niño, un hombre, un ser humano, Moisés, Jesús, Mahoma, ó—¿quién sabe?—Platón, Marco Aurelio, el Dante, Colón, un genio que transformará el mundo, un hijo de su madre, que es cosa más grande que todas las grandezas juntas.

Pues bien, se han muerto, ella y su hijo, por abandono y miseria, en medio de una gran ciudad, de una sociedad civilizada de una civilización cristiana.

Han muerto como dos perros en un rincón, rebozados entre pingos sangrientos: la madre, esquelética, con los ojos muy abiertos, con las piernas muy abiertas, con los brazos retorcidos en una contracción suprema de dolor; el hijo, entre las piernas de la madre, entero aún el cordón umbilical, esculpido como una imagen de la miseria fisiológica.

En medio del desierto de Sahara no hubiera podido ocurrirles cosa más horriblemente trágica.

La voracidad de las bestias feroces hubiera sido menos impía que la ferocidad de los hombres civilizados.

¿Y Dios? ¡Ah! El buen Dios estaba muy ocupado en casa del obispo ó tal vez en alguna kermesse de caridad.

Más hizo un municipal. Si hubiera acudido unos minutos antes hubiera salvado dos vidas.

Acudió unos minutos después, pero cumplió con su deber: avisó al carro de los muertos para que se llevara aquella basura á la fosa común, antes que molestara con su hedor á los vecinos.

El buen Dios continúa en la kermesse.

ALEX

La Redención

La tontería judaica imaginó la creación de la primera pareja humana, con su pecado fatal, castigado por una continuidad infinita de males y de sufrimientos, infligidos, no sólo á los dos culpables, sino á todos sus descendientes. Nosotros lo somos y sentimos la cantidad infinita de dolor que sobre nosotros pesa. Los fundadores del cristianismo, explotando el terror de los males naturales, empeoraron la leyenda judía imaginando la redención, el rescate del supuesto pecado cometido por aquellos inexpertos enamorados que robaron una manzana al viejo lavé.

Vengamos ahora á la vida común. Supongamos que me habéis hecho una ofensa tan insignificante como el robo de una manzana, y que yo poseo una bondad y una justicia extraordinarias, y que os castigo como si hubierais cometido el mayor de los crímenes; después de vosotros, á vuestros hijos, hasta que algunos de estos últimos merezcan el perdón, martirizando hasta que muera á mi propio hijo. Entonces quedo satisfecho: el crimen de los descendientes de los que se comieron mi manzana queda perdonado por el asesinato de mi hijo.

—¡Pero eso es ser loco de atar! me dirá el más prudente.

—No, responderé; eso es ser como Dios, infinitamente piadoso y justo.

En efecto, lavé perdona á los hijos de Adán, en las incomparables condiciones siguientes: primeramente, triplicándose en padre, hijo y espíritu, el primer cacho divino envía á la tierra al segundo, que nacerá en el seno de una virgen por la operación del tercero. Tratad de recordar, pero no intentéis comprender.

Entonces, con una bondad, clemencia y justicia infinitas, el cacho número 2, el hijo, que se conduce en el país de su nacimiento como si fuera un hombre descontentadizo, llorón, vago é incoherente, acaba por ser suplicado, á petición de la multitud que le amaba mucho, por algunos descendientes

de los antiquísimos comedores de la manzana robada.

A partir de aquel suplicio, los hijos nacerán casi sin pecado original, y para lavar lo poco que queda recibirán, y no de balde, una rociada de agua en la cabeza, suministrada por uno de los ministros de ese dios cuya historia resumo aquí, la cual llamada bautismo (del griego *baptisma*—yo lavo) es insuficiente para lavar la criatura, pero que, practicada en un salón frío y con agua fría, si no se paga caliente, puede constipar al recién nacido, en vez de dejarle tranquilamente con su madre, acabar su incubación.

Pues muerto Jesús, y bautizado yo, estoy libre del pecado cometido por mis remotos abuelos; pero eso no me libra de tener tantos sufrimientos, enfermedades, opresiones y miserias como antes de la muerte del hijo de Dios, Dios el mismo y Hombre y Dios á la vez, tenga ó no la cabeza remojada.

Cuando una educación basada sobre realidades científicas, libre de toda afirmación errónea ó sencillamente dudosa, ha conducido un ser humano al estado adulto, puede leer sin peligro esos cuentos fantásticos, resultado de la pobre mentalidad de la masa de los primitivos y de la picardía de algunos que han agravado la estupidez de los dogmas, para embrutecer y explotar más fácilmente á los débiles; el así educado sentirá compasión hacia aquellos pobres antepasados que, en lugar de observar los hechos y aprender verdades, imaginaron semejantes locuras.

Pero cuando desde los primeros vajidos de la criatura se le imponen esas tonterías, se continúan luego durante doce años ó más, y la primera comunión consagra su completa penetración por la doctrina cristiana, ha de procurarse á toda costa y por todos los medios, suaves si es posible, violentos si son necesarios, destruir ese embrutecimiento universal.

Corramos, todos los que le hemos sufrido y de él nos hemos librado, al socorro del inmenso número de los que en él están todavía sumergidos. Redentores más positivos que el cristo, no temamos los peligros que nuestros predecesores, conocidos ó desconocidos, célebres ú olvidados, desafiaron para librar á nuestros hermanos de la opresión, de la ignorancia y de la mentira; trabajemos sin descanso para el aniquilamiento de las potencias espirituales y temporales. Adoptemos y apresurémonos á realizar prácticamente, para el niño como para el adulto, la famosa fórmula de Blanqui: «Ni Dios ni Amo.»

P. ROBIN

Prácticamente el anarquismo no significa otra cosa que la sustitución del régimen de la fuerza por el régimen de la industria, del trabajo. Organizar el mundo para la paz, es su propósito. La igualdad, es su principio; la libertad, su instrumento; la solidaridad, su fin. Haciendo comunes los intereses por la liquidación de la propiedad privada, establecerá la igualdad; rompiendo todos los moldes autoritarios del artificio gubernamental, establecerá una libertad positiva, nada metafísica; la solidaridad será una consecuencia inevitable, solidaridad tanto más estrecha cuanto más amplio sea el progresivo desenvolvimiento de la personalidad humana emancipada de todas las tutelas.

El día que los pretendidos dioses del gubernamentalismo vengan á tierra verá renacer al hombre, libre de todos los egoísmos. Entonces será cosa facilísima vivir sin gobierno, sin ejército y sin magistratura, engendros de un estado de guerra social próximo á terminar.

R. MELLA

De los atentados

Como todos los periódicos conservadores y clericales, *El Bien Público* ha querido aprovechar la ocasión del atentado para insultar á los anarquistas y á todos los hombres de ideas avanzadas.

No debemos quejarnos. El oficio de periodista puede ser el más ruín de los oficios cuando no mueven la pluma ideas ó sentimientos, sino el afán del negocio. Hay quien cobra por insultar en la prensa, como hay quien cobra por asesinar detrás de una esquina á un desconocido.

Lo más grave, y á la vez lo más injusto, que se le ha ocurrido á *El Bien Público* ha sido decir que nosotros procurábamos sustraernos á la responsabilidad que pudiera cabernos en la odiosidad de tales atentados negando que sean anarquistas cuando los autores no son conocidos, y atribuyéndolos á la policía ó á los jesuitas.

Por de pronto esto es falso. Nunca hemos hecho contra nadie una acusación sin fundamento.

Nunca hemos negado tampoco que fuese un anarquista el autor de un atentado cuando verdaderamente ha sido así.

Pero si ha habido atentados cometidos por anarquistas, también los ha habido en que los autores han sido otros.

Dejemos aparte los grandes crímenes sociales, como la catástrofe de Courrières, el hundimiento del depósito de aguas en Madrid, el hambre en Andalucía, las guerras, etcétera, etcétera.—Hablemos solamente de las bombas de dinamita.

Hemos negado que fuesen anarquistas los autores de las bombas de la calle de Fernando y Rambla de las Flores, como antes se había negado que lo fuesen los de la calle de Cambios Nuevos.—Estas negativas no son arbitrarias, sino que obedecen al carácter mismo de los atentados, á su finalidad.

No puede ser finalidad de un anarquista, ni de ningún revolucionario, el tirar una bomba sobre el pueblo, esperando que hubiesen pasado las autoridades que iban en la procesión ó escogiendo la hora en que transitan por aquellos lugares trabajadores y casi nadie más.

Que estas presunciones nuestras no eran desacertadas ha venido á demostrarlo la misma decisión de los tribunales, que ha puesto en libertad á los que nosotros señalábamos como falsamente acusados por la policía.

Si no sucedió lo mismo en el proceso de Montjuich fué porque se juzgó cerrando los ojos á la razón y el juicio de todo el mundo civilizado está en lo cierto al señalar como inocentes á los que entonces fueron fusilados después de cruelmente martirizados.

Estas cosas pueden aparentar ignorarlas periodistas que venden su pluma como podrían vender su puñal si tuviesen hígados para matar como los tienen para insultar y mentir; pero no las ignora el pueblo, no las ignoran los hombres que pueden tener una opinión por su cuenta, sin haber de preguntar al amo todas las mañanas lo que hay que pensar y lo que hay que escribir.

Lo que llamamos casualidad no es nada más que la ignorancia de las causas físicas.

El problema del amor

Queremos la libertad, queremos que los hombres y las mujeres puedan amarse y unirse libremente sin otro motivo que el amor, sin ninguna violencia legal, económica ó física.

Pero la libertad, aun siendo la única solución que podemos y debemos ofrecer, no resuelve radicalmente el problema, dado que el amor, para ser satisfecho, tiene necesidad de dos libertades que concuerden y que á menudo no concuerdan de modo alguno, y dado también que la libertad de hacer lo que se quiere es una frase desprovista de sentido cuando no se sabe querer alguna cosa.

Es muy fácil decir: «Cuando un hombre y una mujer se aman, se unen, y cuando dejan de amarse se separan». Pero sería necesario, para que este principio se convirtiese en regla segura y general de facilidad, que se amaren y cesaren de amarse ambos al mismo tiempo. ¿Y si uno ama y no es amado? ¿Y si uno ama y el otro ya no le ama y trata de satisfacer una nueva pasión? ¿Y si uno ama á un mismo tiempo varias personas que no pueden adaptarse á esta promiscuidad?

Mientras los hombres tengan los sentimientos que tienen y un cambio en el régimen económico y político de la sociedad no nos parece suficiente para modificarlos por entero; el amor producirá, al mismo tiempo que grandes alegrías, grandes dolores. Se podrá disminuirlos ó aumentarlos, con la eliminación de todas las causas que pueden ser eliminadas, pero su destrucción completa es imposible.

¿Es esta una razón para no aceptar nuestras ideas y querer permanecer en el estado actual? Así se obraría como aquel que no pudiendo comprarse vestidos lujosos, prefiriese ir desnudo, ó que, no pudiendo comer perdices todos los días, renunciase al pan, ó como un médico que, dada la impotencia de la ciencia actual ante ciertas enfermedades, se negase á curar las que son curables.

Eliminemos la explotación del hombre por el hombre; combatamos la pretensión brutal del que se cree dueño de la mujer; combatamos los prejuicios religiosos, sociales y sexuales; aseguremos á todos, hombres, mujeres y niños, el bienestar y la libertad; propaguemos la instrucción, y entonces podremos regocijarnos con razón si no quedan más males que los del amor.

En todo caso, los desgraciados en amor podrán procurarse otros gozes; pues no sucederá como hoy, en que el amor y el alcohol constituyen los únicos consuelos de la mayor parte de la humanidad.

ENRIQUE MALATESTA

Estupidez de la guerra

Desde la época más primitiva, hace quinientos mil años, la mira más ventajosa para el hombre ha sido aliarse con sus semejantes y formar una unión, abarcando al mundo entero. En ninguna época la guerra ha sido útil entre los hombres.

En todas las épocas la solidaridad pudo sola procurar el maximum del bienestar á nuestra especie. Pero durante una gran serie de siglos los hombres han sido bastante estúpidos para no comprender su verdad y bastante ignorantes para no concebir que

formaban un todo solidario. El horizonte de la inteligencia humana no se ha extendido, durante un número incalculable de años, más allá de la tribu. El hombre, hoy, siendo aún un animal, aplica en las diferencias con sus semejantes, el mismo procedimiento que en sus cazas contra las fieras: la matanza, es decir, la guerra.

Los siglos se suceden á los siglos. El hombre se aparta más y más del bruto, pero como en todas las cosas de la Naturaleza, lentamente. Un largo combate se produce en su espíritu entre las aspiraciones nuevas, producidas por la razón iluminada, y las tendencias de la barbarie primitiva. Esta lucha dura aún en nuestros días. Cuando la razón les rige, los hombres regulan sus diferencias por arreglos de toda suerte; cuando el instinto les manda, entonces se asesinan y se hacen la guerra.

J. NOVICOW

El campesino y el patrón

Una isla perdida en el vasto océano era poblada solamente por dos habitantes: un señor que de ella se decía propietario y un campesino que trabajaba afanosamente aquel pedazo de tierra.

—Soy yo quien te mantengo! le decía con gran orgullo el señor al campesino.

El campesino que era bastante corto de entendimiento y que trabajaba como un búfalo desde la mañana á la noche y que comía una especie de *palenta* y cebollas para cultivar las legumbres, las vides y los frutos y proporcionar buenos pollos y carne al señor, respondía con reconocimiento, quitándose el sombrero y limpiándose el sudor.

—¿Tiene usted razón, señor patrón! ¿Cómo me las arreglaría yo para vivir sino fuera por usted.

Pero un día sucedió que el patrón se murió ¿y qué pasó?

El campesino quedó solo en el islote, y no sin sorpresa comprendió que podía comer y beber el pan, la carne, el vino que antes daba á su patrón. Trabajaba menos y comía mejor.

Entonces comprendió que era él quien con fruto de su sudor había mantenido y engordado á su señor, mientras que había creído siempre, que en vez era el patrón quien lo mantenía á él; y dándose una palmada en la frente exclamó:

—¿Qué bestia he sido!

ECOS Y COMENTARIOS

Correspondiendo al llamamiento hecho por nuestro querido colega *El Proletario*, de San Feliu de Guixols, excitando á las sociedades obreras á hacer propaganda antialcohólica, hemos decidido publicar etiquetas con máximas contra el alcoholismo, propósito para fijar en los sitios públicos, especialmente en los frecuentados por los bebedores.

Dichas etiquetas irán engomadas para mayor facilidad y podrán adquirirse al precio de 1.50 pesetas el millar.

A principios del próximo Agosto comenzaremos á servir los pedidos que se nos hagan.

La *Revue Noire*, órgano especial de las Compañías mineras francesas, expone la situación de las minas de Courrières con motivo de la catástrofe y dice:

«La pérdida más sensible será, durante tres años al menos, la reducción de producción debida á la desaparición de las víctimas... Esta reducción será de unas 320 mil toneladas, ó sea, una disminución de beneficios de 1.200.000 francos.»

¡La pérdida más sensible será una disminución de beneficios!—¡He aquí retratada el alma capitalista!

Varios jóvenes de El Grao de Valencia se han constituido en grupo con objeto de propagar el ideal anarquista por todos los medios que estén á su alcance.

Como por adelantado les han motejado de «Chusma» los privilegiados burgueses, los referidos compañeros han aceptado sin escrúpulos este título para su grupo.

La Comisión organizadora de los viajes de recreo á Argel ha tenido la atención de invitarnos á asistir á dichos viajes, que efectuará el acreditado vapor *Isla de Menorca* los días 1.º y 8 del próximo mes de Agosto.

Agradecemos la atención.

Hemos recibido los cuadernos 25, 26, 27 y 28 de la grandiosa obra *El Hombre y la Tierra*, original de Elíseo Reclus, traducida por nuestro compañero Anselmo Lorenzo, bajo la revisión del conocido catedrático de la Universidad de Barcelona don Odón de Buen.

La presentación de los referidos cuadernos no desmerece en nada de los anteriores.

Administrador: don Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140. Barcelona.

Se admiten suscripciones en nuestra Administración.

CORRESPONDENCIA

Bilbao.—E. O. Recibido 35 pesetas; de ellas 15 para *El Proletario*. En fin de Julio habrá 5.85 pesetas á nuestro favor.

San Feliu de Guixols.—*El Proletario*. Tenemos para vosotros 15 pesetas de E. O. de Bilbao. Enviadle el estado de cuentas hasta fin de mes.

Linares.—A. L. Recibido 11 pesetas tuyas y 1 de E. V. Enviamos folleto que falta.

Valencia.—J. O. Recibido 3 pesetas. Liquidado.

Valencia.—F. J. Recibidos sellos. Servimos suscripción.

Lebrija.—J. G. Recibido 4 pesetas. Conformes.

Barcelona.—«Centro de Estudios Sociales». Enviamos paquete desde este número á la dirección que indicais.

Grao de Valencia.—G. «Chusma». Recibido 3 pesetas. Enviamos 15 ejemplares desde este número. Avisamos á *Tierra*. Conformes con lo que decís. La liquidación nos conviene por el Giro Mutuo.

Ferrol.—F. G. Aumentamos paquete.

Ciaño.—P. G. Id. id.

AVISO

Teniendo necesidad de regularizar la tirada del periódico, participamos á los correspondientes y paqueteros que suspenderemos el paquete á los que estén atrasados en sus liquidaciones si antes de quince días no se han puesto al corriente. Conviene que hagan los giros directamente á esta Administración.

P. KROPOTKINE

EL APOYO MUTUO

Un factor de la Evolución

Traducción de José Prat.

Dos tomos, 2 pesetas.

Puede adquirirse en nuestra Administración

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón